

# Caracaos

**melusina** [sic] propone al lector una serie de reflexiones concisas, contundentes y microcósmicas sobre los aspectos básicos de la condición contemporánea.

Otros títulos de la colección:

*Carcelona*  
Marc Caellas

*El judío errante ya ha llegado*  
Albert Londres

*Sociedad y barbarie*  
Ignacio Castro Rey

*Lolita secreta*  
Anónimo

*El laberinto nazi*  
Álvaro Lozano

*Deus ex machina*  
Antón Fernández de Rota

*Sobre el derecho de los hermafroditas*  
Daniel J. García

Marc Caellas

# Caracaos



**melusina [sic]**



© Marc Caellas  
© Editorial Melusina, s.l., 2015  
[www.melusina.com](http://www.melusina.com)

© De la imagen de cubierta: Nelson Garrido  
Diseño de cubierta: Silvio Aguirre García


Reservados todos los derechos de esta edición

Fotocomposición: Carolina Hernández Terrazas  
Corrección: Albert Fuentes

Depósito legal: TF-538-2015  
ISBN-13: 978-84-15373-23-0



Impreso en Estugraf s. l.  
Impreso en España





Siempre he pensado que Caracas es una ciudad en la que no puede existir ningún recuerdo. Es una ciudad en permanente demolición que conspira contra cualquier memoria; ése es su goce, su espectáculo, su principal característica.

José Ignacio Cabrujas



Creo que lo que pasa probablemente es que las experiencias tremendas, repentinas, dramáticas e inesperadas que te cambian la vida no se pueden traducir ni explicar a nadie, y esto se debe a que realmente son únicas y particulares, aunque no sean únicas de la forma en que la chica cristiana creía. Esto se debe a que su poder no es el mero resultado de la experiencia en sí, sino también de las circunstancias en las que te sobreviene, de todos los sucesos de tu experiencia vital previa que te han llevado a ella y que te han convertido en la persona concreta que eres y en lo que eres cuando la experiencia te alcanza. ¿Se entiende lo que digo?

David Foster Wallace



14 de julio de 2003

Querido Marc:

Gracias por tu mensaje. Me alegro de que estés animado por tu próxima venida a Venezuela. Es un país interesantísimo y precioso, ya lo verás. Aquí tendrás muchas cosas que hacer. En la Embajada serás utilísimo porque la asistente para temas culturales se ha ido. La AECI no ha podido renovar su contrato temporal. Te pediré que lleves las cuentas de culturales, por lo que tendrás mucho contacto con la Oficina Técnica de Cooperación de la Embajada (la sede de la AECI en Venezuela). También tendrás que seguir los expedientes y las propuestas culturales que vayan surgiendo. Vendrás conmigo a todas las inauguraciones y ruedas de prensa. Procuraré que estés en todo. Lo único que te pediré es que te guste tu trabajo, porque a partir de ahí el resto viene solo. Me fijaré en si llegas tarde y tienes prisa en irte de la oficina, ese tipo de cosas, ya sabes. Interés es lo único que se te exigirá. En la Embajada hay muy buen ambiente. El



Embajador es un gran señor, educadísimo y muy atento. Te sugiero que le envíes una carta a través del Ministerio de Asuntos Exteriores (Excmo. Sr. D. Manuel Viturro de la Torre, Embajador de España en Caracas, Ministerio de Asuntos Exteriores, Sección Valijas, Plaza de Santa Cruz, 28012 Madrid) anunciando tu llegada a la Embajada como becario, presentándote y poniéndote a sus órdenes. Pregúntale si quiere que le lleves algo. Te dirá que no, pero quedarás muy bien. Trátale de embajador y de usted, él ya te dirá que le trates de tú si le parece oportuno. Ya verás, vas a conocer a un embajador de los de libro, un hombre con una gran clase y cuyo único fin es servir a su país y hacer la vida agradable a los demás. Quiero que sepas que me alegro de que seas catalán. Soy de Madrid pero un gran admirador de Cataluña y de su papel en la historia de España y en su riqueza cultural. Aquí hay un centro catalán estupendo y me encantará que hables en catalán con ellos. Es un idioma oficial de España y si podemos usarlo fuera en determinados contextos, mejor. Conviene que se conozca la realidad diversa de España y la cultura de las diferentes nacionalidades que la conforman como nación. Por tanto, me alegro de que seas catalán. Tu visado lo puedes tramitar cuando llegues o desde allí. De todas maneras llama a la Embajada de Venezuela en Madrid y te lo confirmarán. Si no, no te preocupes que aquí








te darán tu visado. En cuanto al control de cambios, tendrás que abrirte una cuenta en Miami, en el banco que prefieras. Eso te permitirá firmar cheques en dólares y obtener bolívares en el mercado paralelo, el que permite salvar el obstáculo del control de cambios.  $1\text{US\$} = 2.650$  bolívares en estos momentos. Con 2.000 dólares al mes vivirás muy bien, con menos (1.500\$) te las podrías arreglar, pero algo peor. ¿Cuánto te dan? Para los dólares encontrarás miles de personas que querrán comprártelos, *no et preocupis*. Mi secretaria, Estrella, te lo arregla. Te adjunto el Informe de Puesto que acabo de hacer. Es para tu uso exclusivo. Te puede orientar. Bueno, Marc, espero que estés contento, vas a conocer una realidad política fascinante, una cultura dividida pero creativa, y uno de los países más bonitos del mundo.

*Una forta abraçada*, me puedes tutear,

EL CONSEJERO CULTURAL





UNA MAÑANA CUALQUIERA en la embajada de España en Caracaos: las secretarías venezolanas fingen que trabajan, los diplomáticos españoles fingen que sus tareas son importantes y los policías de la entrada alardean de sus conquistas amorosas. Una mañana cualquiera en una embajada conviven policías, militares, espías, diplomáticos y gestores culturales españoles con secretarías, administrativas, contables y mucamas venezolanas. Con apariciones esporádicas de los chóferes, mensajeros o mayordomos venezolanos adscritos a alguna de las dependencias del aparato exterior español. España va bien, decía Aznar, quedándose a medias, ¡pero en el extranjero!

Una mañana cualquiera, repito, mientras reviso los correos electrónicos o leo algún suplemento cultural argentino, entra en la oficina cultural —mi oficina— uno de los chóferes del consulado y pregunta en voz alta, como si fuera lo más normal del mundo y lo que estábamos esperando, si alguno de nosotros necesita una licencia para pilotar avionetas... «Que se la consigo rapidito.» Miro a



mi compañero de fatigas, también conocido como el becario —un joven andaluz con pretensiones artísticas— y sonreímos. Le respondo que hoy no la necesito, pero que tomo nota, que nunca se sabe.

Tengo en mente esa anécdota laboral y así no me sorprende tanto averiguar, meses después, al regresar de un fin de semana en la playa, que mi novia venezolana de esa época lleva más de veinte años manejando sin licencia. De hecho, nunca ha tenido una. El policía que le pide la documentación ese domingo no lo sabe. Si lo hubiera sabido, ¿habría aumentado en algo los cincuenta dólares que solicita para olvidarse del tema y dejarnos seguir en la ruta? Una vez superado el incidente le explico a mi novia que nos podríamos haber evitado la escena, que tengo un conocido que consigue todo tipo de documentos a un precio módico, que con un par de fotos carné es suficiente. Ella se ríe, me dice que sí, que me dará las fotos. Estamos juntos dos años. Nunca me da las fotos. Otro fin de semana, en otra playa y con otro policía en la ruta, la broma me cuesta cien dólares. La inflación no perdona.

Otra mañana me llama mi jefe a su despacho. Ya pronto van a terminar mis dos años en la oficina cultural y mi destino parece ser invariablemente regresar a mi Carcelona natal. Pero mi jefe considera que mi presencia en Caracaos es imprescindible para la acción cultural española en el exterior. «Debemos encontrar la manera de



que puedas quedarte», dice. No es que se preocupe por mi futuro laboral, no, simplemente vive muy tranquilo sabiendo que la oficina que está a su cargo funciona sola y así él dispone de tiempo para centrarse en sus ambiciones políticas. El calendario viene en su ayuda. Una de las innecesarias secretarias del embajador llega por esos días a la edad de jubilación. Se abre entonces un concurso para cubrir la plaza. Mi jefe me sugiere presentarme. Compito con la hija de otra secretaria y con los jóvenes venezolanos a los que les llega la oferta (no demasiados porque ya se encargan de no hacer mucha publicidad del puesto). Tengo todas las de ganar, tanto porque las preguntas de cultura general son sobre temas españoles como porque la entrevista final, la parte decisiva, la lleva a cabo mi propio jefe. Lo que se llama un proceso arreglado. No lo podemos llamar fraude. Llamémoslo ventajismo.

Llega el día del examen y gano por goleada. Un nueve en cultura, un ocho en dictado y un diez en la entrevista. Derroto a la hija de una secretaria, una sifrina\* de Altamira con un nivel intelectual inversamente proporcional al tamaño de sus piernas, con las que hace lobby por los pasillos reclamando derechos hereditarios, como

\*Pija, gomela, cheta.



si la embajada de España en Venezuela fuera una pequeña Corea del Norte caribeña, lo cual, admítámoslo, tampoco es una comparación tan descabellada.

Dos días después, me presento en el despacho de la canciller, una funcionaria madrileña que hizo carrera en la Administración y que ahora administra la economía de esta embajada, siempre sujeta a los vaivenes políticos españoles y venezolanos. Después de felicitar me por mi triunfo, me hace saber que mi plaza es vitalicia, si así lo deseo, y reclama mi permiso de trabajo venezolano. Le respondo, sorprendido, que no tengo permiso de trabajo. Nadie me había informado que era un requisito para presentarse. «Tienes quince días para conseguirlo», es su única respuesta. «No puedo ayudarte sin ese documento. Son las normas.» ¿Qué normas? ¿Desde cuándo hay normas en Caracaos?

A pesar de la sorpresa inicial, me convenzo de que si se puede pagar por una licencia para pilotar avionetas, también habrá un mercado secundario de visas de trabajo para extranjeros. No queriendo involucrar al personal de la embajada, le consulto la inquietud a una joven abogada que vive en el Contemporary Sex, un edificio de apartamentos para solteros y solteras en la segunda transversal de Los Palos Grandes donde duermo mis primeros seis meses en Caracaos. Dicha abogada me recomienda a una amiga suya con oficina en Sa-



vana Grande y hasta allí me dirijo para intentar resolver mis problemas burocráticos.

Como es de esperar, el único tema a discutir es el precio: dos millones de bolívares del año 2005, unos mil dólares de la época al cambio paralelo. En un acto de confianza absoluta en la ilegalidad le entrego dos fotos con mi pasaporte original, para que el correspondiente visado de trabajo por cinco años sea colocado en su lugar. Paso varios días nervioso. Pienso que la abogada se ha esfumado con mis bolívares y mi pasaporte. A punto de perder la paciencia, recibo una llamada confirmando el trueque. Ella misma me lo entrega en persona. Abro el pasaporte y busco ansioso la página. Veo el rostro de Simón Bolívar mirándome de reojo y sonrío satisfecho. La canciller también respira aliviada, no tanto por el cariño que me profesa, sino por las desagradables gestiones que le hubiera acarreado el tener que anular mi plaza y entregársela a mi insoportable rival, que como goza de un contrato temporal, continúa con su personal guerra sucia en pos de una plaza de por vida en alguna de las dependencias del Estado español en Venezuela.

Sin tiempo para celebrar mi nueva situación laboral, aún tengo que superar un último impedimento.

En mis cuatro años y medio en esa embajada conozco a todo tipo de gente con la que jamás me habría relacionado y con la que es bastante difícil



que vuelva a hacerlo. Estoy hablando de policías, de militares o de espías. Con ellos acostumbro a tomar café en la cocina y hablar de fútbol. La mayoría son madridistas y odian al Barça y a los catalanes. A pesar de eso les gusta discutir conmigo y me incluyen en su tertulia. Con el resto del personal tampoco tengo nunca problemas. Con una excepción. La excepción tiene nombre y apellido (prefiero no recordarlos), y cargo: ministro consejero. No voy a aburrir al lector con este asunto, pero para lo que nos ocupa basta con que sepáis que al ínclito diplomático, en ausencia del embajador, le toca firmar mis documentos antes de que viajen a Madrid, y el hombre, muy perspicaz él, es el primero en advertir un detalle que hace más sospechoso, si cabe, mi falso visado de trabajo: la fecha del documento es anterior a la del pasaporte. Una disparidad de fechas en la que ninguno de los implicados (abogada, canciller, yo) hemos reparado hasta entonces. Tras algunas vacilaciones y gracias a los poderes persuasivos de la canciller, el ministro firma y manda los documentos a Madrid, sabiendo que se guarda en la recámara un arma en mi contra que puede ser usada en cualquier momento.

Durante dos años entro y salgo de Venezuela varias veces con mi pasaporte legal. Ningún funcionario de la aduana parece advertir ningún detalle anormal en mi visado. A veces declaro que entro como turista, para evitar problemas. Entro





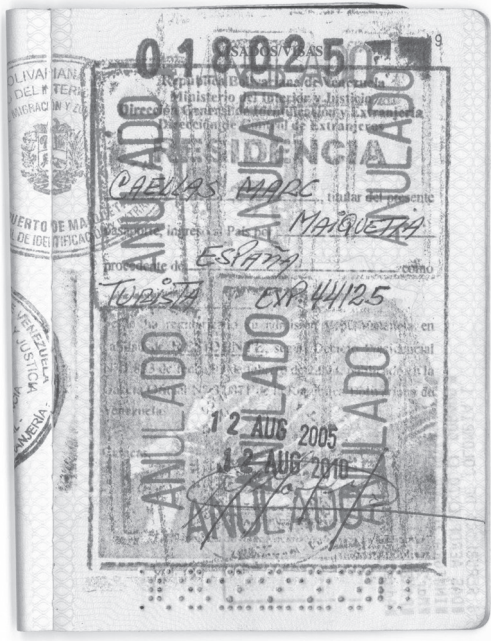
y salgo, entro y salgo, hasta que llega el día D. Ese día es martes de carnaval. Regreso de Salvador de Bahía con mi amigo Jorge, que ejerce temporalmente de cónsul, con quien he disfrutado de unos carnavales estupendos, con su novia bahiana, amigas y todo el desparrame correspondiente. Es casi medianoche. Me pongo en la fila como siempre. Entrego mi pasaporte y el funcionario no vacila: «Acompáñeme, por favor». Lo sigo a un despacho en donde me espera el jefe del destacamento. Tras unos minutos de consulta, escucho el veredicto: «¿Me puede explicar por qué tiene un visado falso, con un número que pertenece a dos ciudadanas colombianas?». No a una, sino a dos, pienso yo, qué curioso. «Trabajo en la embajada de España», respondo en mi defensa, «y, como le decía a su camarada, declaré mi entrada como turista justamente porque siempre sospeché que ese visado era de dudosa legalidad». La información sobre mi desempeño laboral, que suele ser una buena coartada en casos parecidos, enfurece aún más a mi oponente. «¿Cómo es posible que trabaje en la embajada de España con un visado falso?», se pregunta el hombre con cierta razón. «Como le dije», respondo, «soy consciente del problema y por ese motivo entro siempre al país como turista». «No puede tener ese visado estampado en su pasaporte, ¿lo entiende?», dice subiendo el tono de voz. «Es una irregularidad.» En esas entra en el



despacho el cónsul, con su desparpajo habitual, e intenta calmar al funcionario con sus credenciales asegurándole que al día siguiente tomaremos cartas en el asunto y resolveremos el entuerto. Pero nuestro hombre no da el brazo a torcer y asegura que debemos acompañarle a las oficinas de la DISIP, una especie de cuerpo de élite de la policía, para aclarar las cosas. Me tiene allí sentado una media hora mientras el cónsul aprovecha para retirar nuestro equipaje. Veo que el funcionario hace varias llamadas, pone cara de pocos amigos, sobreactúa su enfado, hasta que, unos veinte minutos después, llega el poli bueno, como si dijéramos, con una solución. «Usted no puede salir de aquí con este documento», dice. «Estoy de acuerdo», respondo. «¿Cómo procedemos?», se pregunta, respondiéndose a sí mismo al instante: «Voy a anularlo ahora mismo». Y procede entonces, sello en mano, a anularlo a golpes. ANULADO, ANULADO, ANULADO, ANULADO. Por lo menos diez veces stampa el sello de ANULADO en el rostro impertérito de Bolívar. «Ya puede marcharse. Y hágase un nuevo pasaporte», me aconseja.

Una mañana llega un tipo a la embajada. Me llama el policía de la entrada por el interno para informarme. «Que preguntan por alguien de cultura, que si puedes bajar», me dice. «Pero, ¿quién es? ¿Tiene cita?», respondo. «No, dice que es un asunto de suma importancia que sólo puede reve-





Así quedó mi visado.



lar a alguien que lleve temas culturales», continúa. Decido bajar. Ni que sea para estirar las piernas. El tipo me mira con cara de circunstancias. Seguramente esperaba a alguien mayor, o de aspecto más grave. Mi jovialidad le desconcierta: «¿Qué desea, caballero?». Ya llevo un tiempo en la embajada y me divierte jugar a hacerme el formal, interpreto mi papel con entusiasmo. «Tengo una información de sumo interés para Su Majestad el rey de España, por asuntos de seguridad sólo puedo decírsela en persona, ¿usted me puede gestionar una cita en Madrid?», dice. Sin perder la compostura ni tan siquiera esbozar una mueca, aguantándome la risa por dentro, le respondo: «Mire, patrón, yo soy el representante de Su Majestad aquí, tengo toda su confianza, así que si quiere subimos a mi despacho y me cuenta lo que tenga que decirle con toda tranquilidad, que ya me encargaré luego de que le llegue el mensaje». El hombre queda desconcertado, no sabe qué hacer. Duda unos instantes, pero finalmente me dice: «Le dejo estos documentos y usted verá. Yo creo que es un asunto lo bastante serio para no andarse con equivocaciones. Cuando tenga una respuesta me llama, por favor». Acepto el sobre, subo a mi despacho. Lo abro. Me quedo de piedra. Es un árbol genealógico que asegura, casi al 100 %, que Chávez descende de Moctezuma. Llamo al rey inmediatamente.

